

LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
 volviendo la cabeza
 á cada instante hácia su hogar cercano,
 desde donde en señal de despedida,
 la joven conmovida
 le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
 su prenda idolatrada
 se internó en las revueltas del camino,
 no apartó, con dulcísima porfía,
 del rumbo que él seguía,
 ni el corazón ni el rostro peregrino,

LXXXIII.

viendo, no sin nublársela el semblante,
 cada vez más distante
 al dueño de su vida y de su casa;
 que la ausencia en amor, aun la más breve,
 cual nubecilla leve
 oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXIV.

—¡Ah! ¿cómo no quererle si es tan bueno!...—
 dijo oprimiendo el seno
 maternal, con tan blando y dulce nudo,
 que, de la dicha de su hogar ufana,
 la enternecida anciana
 contener una lágrima no pudo.

LXXXV.

En tanto, los alegres marineros
 perdiéronse ligeros
 tras un peñón que hácia la senda avanza,
 y al fin de cuya estrecha cortadura
 la indómita llanura
 del vasto mar á descubrir se alcanza.

LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente
 su grandeza imponente,
 su augusta calma ó su furor sublime,
 y con su regia majestad á solas,
 óyese de sus olas
 la voz tonante que amenaza ó gime.

LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos
 van, de la mano asidos,
 hácia donde á merced de la marea
 que su ancha curva en las arenas raya,
 cual reina de la playa
 la barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII.

¡Qué es verla, al separarse de la orilla,
 con atrevida quilla
 surcar graciosa el líquido elemento,
 y mar afuera, inquieta y juguetona,
 tender la blanca lona
 á las caricias pérfidas del viento!

LXXXIX.

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,
 cuando la sombra oscura
 se precipita sobre el mar de Atlante!
 Y cuando viento duro el golfo riza,
 ¡qué es ver cuál se desliza
 por la espalda ondulosa del gigante!

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acorbada,
 y hiende tan gallarda
 la inmensidad del pielago bravío,
 que no deja tras sí, rápida y suave,
 ni aun la huella que un ave,
 rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
 ante la airosa lancha
 que su fortuna y su ambición encierra,
 y le presta solícito el cuidado
 con que el bravo soldado
 mimina y atiende á su corcel de guerra,

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
 gritó á los de la playa:
 —¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
 á la dura jornada se dispuso.
 Sólo absorto y confuso
 un pescador permaneció en la orilla.

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
 extraño á la faena
 ocultaba su rostro entre las manos,
 mostrando sólo en su actitud doliente
 la ancha y curtida frente
 orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
 malogra, su hija amada
 cayó marchita al soplo de la muerte,
 y se le sale, sin sentir, del pecho
 el corazón deshecho,
 en las acerbas lágrimas que vierte.

XCV.

Quien ha sufrido la mortal congoja
 que, sin piedad, deshoja
 como agostada flor nuestra ventura
 en ese instante de terrible prueba,
 en que voraz se lleva
 parte de nuestro sér, la sepultura;

XCVI.

cuando con lenta gradación se apaga
 la luz dudosa y vaga
 que colora la faz del moribundo,
 ¡ay! y á medida que en sus ojos crece
 la sombra, nos parece
 que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII.

cuando vencidos en estéril lucha,
 nuestra impotencia escucha
 el tremendo estertor de la agonía,
 y con angustia alborotada y loca
 posamos nuestra boca
 sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

casi cerrada en su letal reposo
 al ritmo fatigoso
 que el pecho cadavérico le presta,
 y que ya de la muerte bajo el peso,
 ni al anhelante beso,
 ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX.

cuando aún tibios los míseros despojos,
 vemos con turbios ojos
 toda nuestra ilusión desvanecida,
 y en medio del pesar que nos destroza,
 sentimos cuál se goza
 traidor recuerdo en encontrar la herida;

C.

cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
 negra y medrosa caja
 al bien amado para siempre encierra,
 y siente el corazón despavorido
 el ruido, el sordo ruido
 que hace al cubrir el féretro la tierra:

CI.

¡ay! quien tenga grabada en su memoria
 esa trágica historia,
 sin cesar repetida y siempre nueva,
 verá, evocando su dolor pasado,
 el dardo envenenado
 que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII.

Al verle presa de aficción tan viva,
 con frase compasiva
 le interrogó Miguel franco y abierto.
 Alzó el viejo la faz desencajada,
 y con voz desmayada,
 —¿No sabes?— sollozó—; mi Juana ha muerto!—

CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,
 mientras un choque rudo
 no sacude el marasmo que le embota,
 porque entonces el ansia comprimida,
 como por ancha herida
 la hirviente sangre, atropellada brota.

CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,
 en el dolor que estalla
 se mezclan y amalgaman con espanto,
 como fundidos por el mismo fuego,
 la imprecación y el ruego,
 y el gemido, y la cólera, y el llanto.

CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
 exasperó la pena
 que al tosco anciano le apretaba el cuello,
 y exaltándose al cabo poco á poco,
 con la rabia de un loco
 maldiciendo y mesándose el cabello,

CVI.

—¡ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—
 ¡Mentira! Dios no es justo
 cuando se goza en aumentar mi cuita.
 Tienen en buena paz muchos bribones
 tierras, barcos, millones...
 ¡yo, una pobre muchacha... y me la quita!

CVII.

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?
 ¿Cómo vivir sin ella?...—
 Y se apagó la voz en su garganta.
 —Mas sin justicia ni razón me quejo,—
 gimió el honrado viejo:
 —¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano
 la encallecida mano,
 —vuelve á casa—le dijo—y llora y reza
 junto á la amada prenda que perdiste.
 —¡No!—contestóle el triste,
 moviendo gravemente la cabeza.

CIX.

—Aunque me falta el sol de la alegría,
 conservo todavía,
 gracias á Dios, mi voluntad de hierro.
 ¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?
 Saldré á la mar contigo.
 ¡Necesito el jornal para su entierro!

CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
 las galas de la muerte:
 una cruz, un sudario y una palma.—
 Guardó breve silencio el desdichado,
 y luégo desolado
 clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,
 como puñal agudo
 clavóse en el pecho, y tan activa
 creció en su corazón la angustia fiera,
 cual la insaciable hoguera,
 que cuanto más devora, más se aviva.

CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,
 y conteniendo el llanto
 Miguel le respondió:—Tu pobre Juana
 tendrá lo que tu anhelo solicita:
 la humilde cruz bendita,
 la palma virgen y el sayal de lana.

CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porque no quiero
 que un bravo compañero
 á su propio tormento contribuya.
 No serás, si te niegas, buen amigo,
 y atiende á lo que digo:
 hoy pesco para tí. • Mi parte es tuya!—

CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta
 sobre la herida abierta
 del triste anciano, y mitigó su duelo
 llanto reparador, tranquilo y suave.
 Siempre para quien sabe
 sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV.

—¡Que Dios te colme de mercedes, hijo!—
 con blando acento dijo,
 las lágrimas secando en su mejilla.
 Miguel, para ocultar su sentimiento,
 ligero como el viento
 á la barca saltó desde la orilla.

CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
 con ansia manifiesta
 esperaba no más la voz de mando.
 Dióla el patrón; y con vigor supremo,
 el resistente remo
 en las arenas de la playa hincando,

CXVII.

puso á flote la lancha embarrancada,
 que lenta y sosegada
 siguió después por la canal angosta,
 única vía, franca y descubierta,
 entre la barra incierta
 y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,
 inabordable, oscuro,
 desde la playa misma se adelanta,
 hasta la punta del siniestro Cabo
 do el mar potente y bravo
 con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,
 en pavorosa hilera
 resaltan del peñón de trecho en trecho,
 señalando en el áspero arrecife,
 el sitio en que un esquife
 quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena
 de horror y espanto llena
 Más de un pobre marino halló su fosa,
 entre el medroso y formidable estruendo
 de la borrasca, oyendo
 los desolados ayes de su esposa.

CXXI.

Donde la punta del peñón termina,
 por mísera y mezquina
 pudiérase decir que el mar desdeña,
 aunque á veces su presa le disputa,
 una abrigada gruta
 labrada por las olas en la peña.

CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras
 las apacibles horas
 transcurren sin sentir. Con los reflejos
 de la luz que en las aguas reverbera,
 el mar, como si fuera
 de inflamado metal, brilla á lo lejos.

CXXIII.

Miguel desde la popa de su barca,
 con la mirada abarca
 el golfo en que indolente se aventura.
 Está á sus piés sumiso y reposado
 como león cansado,
 y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,
 mansamente resbala
 sin conmover el piélago sereno,
 como el aliento sosegado y leve,
 que apenas alza y mueve
 de una virgen dormida el casto seno.

CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,
 como argentada raya
 deja en las ondas su espumosa estela,
 y al avanzar con suave balanceo,
 va como si el deseo
 le sirviese de estímulo y de vela.

CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
 la gente se prepara,
 el remo suelta, y su esperanza funda
 en la corriente azul del Oceano,
 como el dolor humano,
 amarga, sí, pero también fecunda.

CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino
 con provechoso tino
 tiende la fuerte red, y las tres veces
 al recogerla, abillantó su trama,
 la refulgente escama
 que en vívido montón lucen los peces.

CXXVIII.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si acierto.—
 Dice alegre Roberto,
 mientras que sujetando por la agalla
 con diligente mano desenreda,
 al pez, que preso queda
 en los hilos nudosos de la malla.

CXXIX.

Y con aire triunfal alzando á pulso
 un sollo, que convulso
 entre sus férreos dedos se torcía,
 regocijado exclama:—; Brava presa!
 No se pone en la mesa
 del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente
 á medida que siente
 su ganancia crecer, redobla el celo,
 y sin cejar un punto en su tarea,
 quién en la red se emplea,
 quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

CXXXI.

quién al enorme pez, que agonizante
 colea, en un instante
 con implacable actividad remata;
 y de la pesca el acre olor parece
 que alienta y fortalece
 al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo
 fué enturbiando del cielo
 la limpia claridad. Oscura nube
 desde el confín remoto se avvicina,
 sorbiendo la neblina
 que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:
 el mar plácido y blando
 por momentos se encrespa y alborota.
 Estremécese el viento, antes dormido,
 y hácia el agreste nido
 tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV.

De improviso una racha fugitiva
 del oleaje aviva
 el ímpetu naciente. Las espesas
 nubes marchan en giro apresurado,
 y al fin rompe el nublado
 en gotas tan escasas como gruesas.

CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
un pescador ya viejo:

—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
Y otro añade después:—Se aguló la fiesta!—

—¡Ah, cobardes!—contesta
Miguel en tono de amistosa chanza:

CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—

—¡Sí!—responde el anciano.

—¡La galerna está encima!—No discuto—
le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerto,
y yo no vuelvo al puerto
si no llevo á su padre para el luto.—

CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,
sin que del mar bravío
la sorda turbación los contuviera.
Pues ¿quién fuerza al lebrél cuando en la pista
la ansiada res avista,
á pararse en mitad de su carrera?

CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata
cual rauda catarata;
el huracán sus ráfagas sacude
como un corcel la crin; al llamamiento
del alterado viento,
la ola, bramando de furor, acude.

CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate,
el eterno combate
que presencian los siglos confundidos,
en que después de trágicos horrores,
los fieros gladiadores
ceden cansados, pero no vencidos.

CXL.

Quédase muda de estupor la gente.
Negra, inmensa, rugiente
rueda la tempestad: con ciego empuje
cual fogoso bridón que se desboca,
la ola adelanta, choca,
contra la barca, retrocede y ruge.